

Querido Diario:

Marcela Guijosa

*"¡Qué clavel enajenado
en los montones de trigo!
¡Qué lejos estoy contigo,
qué cerca cuando te vas!"*

Federico García Lorca

Quién me lo iba decir, cuando era yo chiquita y cantaba "*¡Qué será, será, whatever will be, will be...?*" Me imaginaba mi boda, mis hijitos... Y rápidamente, en un abrir y cerrar de ojos, ya fui, además de doncella, casada; ya fui divorciada y ahora vengo a ser viuda. Bueno, divorciada oficialmente nunca fui, porque no hicimos nunca los trámites, pero sí viví separada de mi primer marido durante muchos años. Y al final, nos volvimos a reunir y enfrentamos juntos su enfermedad y su muerte. Otra vez me quedé solita.

Hay cosas que se repiten. Me separé dos veces de ese hombre. Y es inevitable comparar esas dos separaciones.

Esta última, la muerte, en muchos sentidos, es la peor. No hay palabras para decirla, ninguna fantasía llega a igualar la realidad de la muerte. Es tan enorme, tan rotunda, tan terrible. Tan absolutamente difícil de entender, tan absolutamente asombrosa. La famosísima frase de "todavía como que no lo creo" es muy cierta, pero sólo

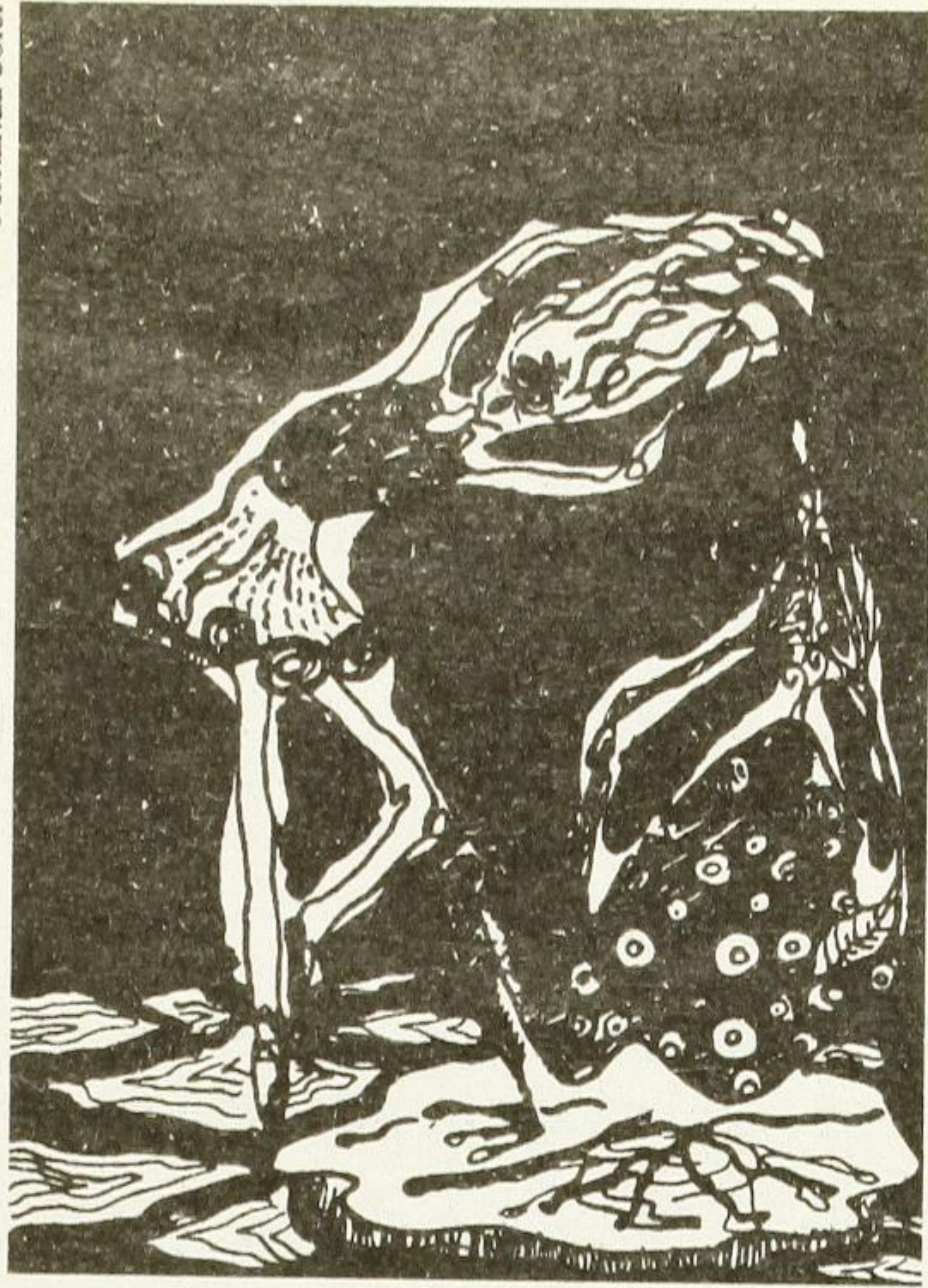
hasta que la vives. Llevo nueve meses tratándolo de creer. Convenciéndome de que ya se murió. Y veo su foto y digo, asombrada, "no puede ser".

Y cómo lo extraño. Aunque el dolor tremendo del principio se ha ido mitigando, lentamente, lo extraño muchísimo, a cada rato, todos los días. A lo mejor eso nunca se me va a quitar.

Y claro, hay la otra cosa, eso de que te "tragas" a tus muertos, como decía mi amiga Mireya. De golpe, se te meten hasta adentro. Y ya para siempre los llevas contigo. Recuperas toda una vida de la persona ida, no nomás sus últimos días. Se rehace la historia, se equilibran los años y te quedas con todo lo que fue. Igual me pasó con mi papá: no me quedé nomás con



Fernanda Soler



el viejito enfermo y gruñón del final. Ahora están todas las épocas y todos los momentos de mi papá igual de luminosos dentro de mí. El papá joven y entusiasta, el divertido, el que me llevaba con él a trabajar, el que manejaba su Chevrolet 52. También está el viejo, el del Sanatorio. Pero sólo un poquito: gana el otro, el que me daba mi domingo, el que cantaba zarzuelas, el de la boina y la armónica, el que comía en la cabecera de la mesa con su tenedor de plata.

Y así con Juan José. Recuperé, de alguna manera, todo. No nada más el cáncer y la quimioterapia, no nada más las épocas oscuras, sino todas las discusiones filosóficas en la biblioteca de Estela y los domingos en Bellas Artes; la construcción de esta casa y el nacimiento de todos y cada uno de los niños y las travesías en el viejo Peugeot; los viajes y Santo Domingo de Oaxaca y las pirecuas y el lago de Pátzcuaro y toditito Michoacán; los frailes dominicos y las cuestiones de Santo Tomás; los Cristos Crucificados, la guitarra de Los Folkloristas, las camisas bordadas de colores; la mancuerna diabólica escribiendo libros al alimón, los títeres, las óperas y las pirámides; los tamales con crema y frijoles y el tequilita... Para decirlo de alguna manera, y es terrible, ahora resulta que tuve la suerte de ser viuda. Recuperé toda la historia, todo el amor. Porque cuando te divorcias no recuperas nada. Por muchos años te quedas vacía. Es horrible. La sociedad no te ayuda. En el divorcio te quedas sola, rota, dolorida, pero de otra manera que en la viudez. Llena de rencores y de culpas. Oscura, confusa,

llena de preguntas que nunca puedes contestar. Con posibilidades de ver a tu ex, pero con la ambivalencia de que no lo quieres ver y sí lo quieres ver. Con vergüenza, con odio, con la autoestima por los suelos. Con el horror de tener que aceptar que el amor se acabó. Y cuando eres viuda, cómo te ayuda la gente. Te está permitido llorar en público, muchísimo, y la gente te consuela, te acompaña, llora contigo. Hasta el luto se puede mostrar abiertamente en tu ropa negra. Todos te admiran, te compadecen, te vienen a visitar. Puedes tener su foto en tu buró, en tu estudio, en la sala. Puedes traer el retratito en la cartera y si la gente lo ve, sonríe comprensiva. Puedes hablar de él todo el tiempo, y los otros igual, y recuerdan cosas y hablan de sus virtudes y tú dices que cómo lo extrañas y nadie te regaña ni te dice qué tonta o qué estúpida. No te persigue el psicoanalista ni tus amigas feministas están insistiendo en que olvides, en que hables de otra cosa, en que pienses en tu proyecto de vida, en que te consigas otro galán. Te puedes encerrar en tu cuarto y llorar y no querer ver a nadie y todos lo respetan y lo comprenden. Y si el duelo se tarda uno o dos años, a todos les parece muy correcto y razonable. Y claro que, además, dentro de tí, queda una sensación de misión cumplida, de ciclo cerrado y completado, de final de algo que acabó bien. Te quedas en paz.

La viuda tiene el prestigio. La divorciada es como un fracaso. La compasión que se les tiene es diferente. Por más que algunas lo hayan intentado, todavía no hay rituales, significativos y profundos, para sobrellevar el divorcio. Todavía es algo mal entendido y mal tolerado, medio secreto, encerrado en las peores pasiones del alma, pero "oficialmente" minimizado y hasta trivializado. He visto a algunas mujeres que sobreactúan su "alegría", su "libertad" y su "festejo" por acabarse de divorciar. Y tal vez lo mejor sería tomarlo más en serio, vivir el duelo, acompañar a los divorciados a una especie de funeral majestuoso y muy triste, celebrar misas o rosarios, organizar miles de llamadas telefónicas dando el pésame, mandar flores, llorar y llorar y llorar juntos.

Porque parecería ser el divorcio un final más final que la muerte. Ésa es la paradoja: cuando te quedas viuda, se te muere el marido, pero es como si la relación se salvara, con toda su dignidad. Es como si quedara el amor vivo. Y frente al golpazo de la muerte, frente a la ausencia tan absoluta, para siempre, frente a tu gran desolación, ése es tu único consuelo. 